

Arturo Torres Rioseco

“Rubaiyat” de Omar Khayyam

INTRODUCCIÓN

M*I* distinguido amigo, el señor Carlos Muzzio Sáenz-Peña, publicó, hace ya varios años, una versión en prosa del *Rubaiyat*, de Omar Khayyam. Creo que es lo único completo que existe en nuestra lengua. La traducción presente, de la primera edición de Edward FitzGerald, ofrece las setenta y cinco estrofas que adaptó el poeta inglés, según su propio genio, del original persa. FitzGerald interpretó estas estrofas libremente y a la distribución de ellas en el texto persa, según el orden alfabético de las rimas, substituyó su propio arreglo, dando al todo un sentido, escribiendo el monólogo trágico de un alma.

FitzGerald se sirvió para su maravillosa traducción, de una copia facsimilar hecha por Edward Byles Cowell, rector del colegio sánscrito de Calcuta, de los manuscritos de la Bodleian Library.

En la primera mitad del siglo XVII, cita Thomas Hyde, en su libro *Veterum Persarum Religio*, algunos pensamientos de Omar Khayyam; a principios del XVIII Sir Gore

Ouseley traduce algunas cuartetos al inglés; en los primeros años del XIX se hacen versiones parciales al alemán, pero sólo en 1859 aparece la verdadera traducción, la obra maestra de FitzGerald, 250 ejemplares editados por Quaritch, a cinco chelines. La edición fué un fracaso, y el *Rubaiyat* pasó a la caja de libros que se vendían a penique en la puerta de la librería. Un día, Dante Gabriel Rossetti compró el tomito y quedó encantado con su lectura; lo leyó a su amigo Swinburne y a otros grandes poetas, y todos proclamaron su alto mérito. Desde aquel día empieza la fama de esta traducción, asegurada hoy por centenares de ediciones.

Omar Khayyam, nació en Nishapur, por el año 1040 de la era cristiana, y murió alrededor de 1123; fué director de un observatorio astronómico y colaborador en la reforma del calendario musulmán de 1074. Se sabe que escribió varias obras científicas, pero sólo dos han llegado hasta nuestros días: una *Demostación de problemas de álgebra*, traducida al francés por Woepke, y publicada en 1851, y un *Tratado sobre definiciones de Euclides*, inédito aun. Matemático, astrónomo y poeta, Omar Khayyam, fué uno de los grandes sabios de su tiempo; su reputación le granjeó la amistad del Sultán, pero no la de las masas, que veían en él un libre-pensador. Los místicos de su tiempo le atacaron, y Omar se encerró en un silencio indiferente.

Sería inútil buscar en su poesía el sentido religioso, como lo ha hecho M. Nicolás, en Francia. Si en muchos pasajes de su libro hay ese tono especial de la escuela sufista, hay que atribuirlo a ciertas inclinaciones de su juventud; por lo demás, muchas veces se burla del panteísmo místico de los sufís. Omar Khayyam es un vitalista. El drama de su vida fué la lucha constante entre su voluntad y su inteligencia; como hombre de ciencia conoce todas las

limitaciones humanas, toda la inutilidad del esfuerzo; como temperamento busca siempre la acción; de aquí el conflicto. Y hastiado de dudas y misterios, busca en la libertad individual, en el amor y en el vino su verdad. Pero este ensueño trunco, que le arroja a los placeres fáciles, le deja un fondo de desencanto y de escepticismo. En toda esta poesía voluptuosa, fresca, fragante a vinos viejos y a carne de mujer, hay una espina. El poeta se detuvo en el festín de la taberna y comprendió la fugacidad del amor, de las rosas, de la vida; de aquí su risa trágica, su desesperación. Entre el presente y el futuro la onda de su pensamiento, entre la vida y la muerte, ahogada en vino la dogmática fórmula, en soledad del alma; así vivió Omar, hombre ante todo, poeta siempre, señor de su voluntad y de su verbo, Anacreonte pérsico.

Puede que quede algo de su espíritu en estos versos castellanos, de su espíritu trasegado en jarras nórdicas y otra vez en vasos de latinidad. El gran poeta que pudo traducirlo dignamente, el cantor de las rosas, de la vida y la muerte, el gran Rubén Darío, no lo hizo. Sirvan de excusa la humildad en el intento y el deseo de guardar en nuestra lengua algo de lo mucho que se ha perdido del exquisito Omar Khayyam.

I

Despierta, el alba disparó sus flechas
a las estrellas, que en derrota van,
y el Cazador del Este ha cautivado—
lazo de luz—la torre del Sultán.

II

Soñando, con la aurora aun en el cielo,
escuché en la taberna este rumor:
despertad, hombres, y llenad la copa
antes que el tiempo agote su licor.

III

Mientras cantaba el gallo los que estaban
esperando gritaron: la taberna
abrid, que es sólo breve nuestra estada,
luego partimos a la sombra eterna.

IV

La primavera enciende los deseos,
a soledad el alma se retira,
donde la mano de Moisés florece
y Jesucristo a nuestros pies suspira.

V

Se fué Iram con sus rosas y Jamshyd
su copa de oro y ámbar perdió al fin,
pero aun la viña sangra sus rubíes
y al lado de la fuente hay un jardín.

VI

Los labios de David están sellados,
pero en divino idioma el ruiñeñor
dice a la rosa: V i n o, V i n o, V i n o,
su mejilla tiñendo de rubor.

VII

Llena la copa. El arrepentimiento
queme en el sol su túnica de hielo;
el tiempo es ave de delgadas alas,
y el ave-tiempo ya ha tendido el vuelo.

VIII

Mil floraciones se abren con el día,
mil se pudren en polvo y humedad,
y el primer mes que hará brotar la rosa
se llevará a Jamshyd y a Kaikobad.

IX

Dejad a Rustum solo, a Hatim Tai,
dejad a Kaikhosrú y a Kaikobad,
abandonadlos a su propia suerte,
para seguir al viejo Omar Khayyam.

X

Conmigo en fresco prado de verdura
que separa desierto de heredad,
donde no existen ni señor ni esclavo,
y el nombre del Sultán causa piedad.

XI

Una jarra de vino y un pedazo
de pan, algún poema, y tú, mujer
a mi lado, cantando en el desierto...
El desierto se empieza a florecer.

XII

Desean unos el poder presente
otros anhelan el Edén arcano.
Aprovecha el dinero y deja el resto
¡Oh, el bravo son de algún tambor lejano!

XIII

Mirad la rosa que florece y ríe
y se da al mundo en una ofrenda roja,
rompe la fina seda de su cáliz
y su tesoro en el jardín arroja.

XIV

La esperanza mundana que los hombres
codician, rinde frutos o fenece,
y luego, como nieve en el desierto,
brilla una hora o dos, y desaparece.

XV

Y los que cultivaron grano de oro,
y los que lo tiraron en el viento,
vieron, ya sepultados, que los otros
se olvidaron del grano y del intento.

XVI

Por este asilo de las caravanas
cuya puerta está abierta noche y día,
pasaron los sultanes uno a uno
y se perdieron en la lejanía.

XVII

Donde Bahram, el Cazador, reposa,
busca el asno salvaje su ración,
y en el palacio de oro de Jamshyd
duermen la lagartija y el león.

XVIII

De la tumba de un rey, roja en su sangre,
nace a la luz la más perfecta rosa,
y el jacinto de aroma más sutil
cayó al jardín de una cabeza hermosa.

XIX

Sobre esta yerba fresca y olorosa
posa tu planta dulce y suavemente,
porque ¿sabes acaso si es la yerba
o es el latido de una boca ardiente?

XX

Llena la copa y mata los dolores
de lo pasado y de lo no vivido;
¿mañana? Sí, mañana dormiré
en los siete mil años del olvido.

XXI

¡Ay, los mejores y los más hermosos
amigos, bien dotados por la suerte,
ya bebieron su copa y ya partieron
a las playas tranquilas de la muerte!

XXII

Nosotros, celebrando en este sitio
que ellos dejaron—hoy florido Edén—
pronto descenderemos a la tierra
a preparar un sitio ¿para quién?

XXIII

Gozad de la alegría del momento
antes de entrar al lóbrego camino
sin retorno, a dormir polvo en el polvo
y eternamente, sin cantor, sin vino.

XXIV

Para los que preparan el presente
y los que anhelan salvación futura.
«La recompensa no está aquí ni allá»
grita el Muezín desde su torre oscura.

XXV

¡Ah, los sabios y santos que discuten
de estos mundos de hoy y de mañana!
Sus palabras se rompen en el viento
y juega el polvo con su lengua vana.

XXVI

Venid, gozad del mundo con Khayyam,
dejad al sabio, de palabras lleno,
lo único cierto es que la vida vuela,
la rosa abierta morirá en el cieno.

XXVII

Yo también cuando joven visité
al santo y al doctor, y en una incierta
discusión perdí el tiempo, pero siempre
entré y salí por una misma puerta.

XXVIII

El grano del saber sembré con ellos,
y con mi mano obtuve el rendimiento,
y esta fué la cosecha recogida:
vine como agua y me alejé cual viento.

XXIX

Sin saber ni de dónde ni por qué
se entra en el mundo, como el agua brota,
y después, como viento en el desierto,
se sale de él hacia una playa ignota.

XXX

¡Sin preguntar de dónde ni hacia dónde,
ni si es destino o es casualidad!
Bebamos una copa y otra copa
para olvidar esta barbaridad.

XXXI

Me levanté del centro de la tierra
y llegué hasta Saturno en mi camino,
mudos enigmas descifré en el viaje,
a excepción de la Muerte y el Destino.

XXXII

Hallé una puerta y no encontré la llave,
y encontré un velo tras el cual no vi,
una conversación de mí y de ti
y después nada más de ti y de mí.

XXXIII

Y al cielo pregunté ¿qué luz has dado
a tus criaturas en la obscuridad?
«Sólo el instinto de una mente ciega»
dijo la voz de la divinidad.

XXXIV

A esta copa de tierra puse el labio
inquiriendo el secreto de la vida,
y ella me contestó: bebe tu copa,
que será muy en breve tu partida.

XXXV

Y esta copa de arcilla que responde
a la ansiosa pregunta de mi boca
fué también labio en día no lejano
y gustó el néctar de una boca loca.

XXXVI

Porque un atardecer en el mercado
observé al alfarero en su labor,
y oí a la greda murmurar muy bajo
«trátame con dulzura, por favor».

XXXVII

El tiempo se desliza a nuestros pies,
llena tu copa, olvida tu querella.
¿Qué importan el mañana ni el ayer
si el vino es dulce, si la tarde es bella?

XXXVIII

Un momento de olvido, sólo un rato
para gustar la fuente deseada.
Apresuraos, ya la caravana
parte para la aurora... de la nada.

XXXIX

Cuánto tiempo en la búsqueda infinita
de esto y aquello, de disputa larga,
bebe el placer en el racimo de uva
y no tristeza en una fruta amarga.

XL

Para mis bodas, jóvenes amigos,
os ofrendé una ardiente bacanal,
y divorciando a la razón estéril
llevé a la uva al tálamo nupcial.

XLI

Aunque el Ser y el No Ser con regla y línea
y sin ellas Allá y Acá defino,
de todo lo que supe en este mundo
profundicé sólo una ciencia, el Vino.

XLII

Ultimamente, amigos, una sombra
angelical a la taberna vino,
sobre los hombros una fresca jarra.
Me hizo probar y era ¡Oh, delicia!: Vino.

XLIII

Las setenta y dos sectas se confunden
con la absoluta lógica del Vino,
ese alquimista sutil que transforma
el metal de la vida en oro fino.

XLIV

Capitán victorioso, que a las hordas
de terrores y angustias interiores
vino a vencer con su divina espada
adornada de pámpanos y flores.

XLV

Sé tú el titiritero y el muñeco
sea el destino, ayer titiritero,
deja al sabio agitarse en su demencia
y en su discordia al universo entero.

XLVI

Sólo linterna mágica es la copa
que nosotros llamamos firmamento;
el sol, la luz; el mundo la linterna;
nosotros, las visiones de un momento.

XLVII

Y si en la nada ¡ay! termina todo,
el Vino, el beso de la boca amada,
guardarás tu ilusión creyendo ahora
que eres lo que serás mañana: nada.

XLVIII

Mientras florece en el rosal la rosa
bebed el Vino rojo con Omar,
y cuando llegue el ángel con su sorbo
más negro, bebed ése sin temblar.

XLIX

Todo no es más que un juego de ajedrez
en que el destino hace la gran jugada,
hace lances, da jaque, mueve y mata,
y nos mete en la caja de la nada.

L

No hace ociosas preguntas la pelota,
salta sólo al placer del jugador,
y aquél que te echó al campo de la vida
es la conciencia, es el definidor.

LI

El dedo en movimiento escribe y pasa,
no borrará una línea tu piedad
ni tu ingenio; no borrará una letra
el llanto amargo de la humanidad.

LII

Bajo la copa azul que nos circunda
vivimos y morimos fatalmente;
no imploréis su socorro porque rueda
como nosotros, impotentemente.

LIII

Primera arcilla, última forma, y última
cosecha en el primer grano fecundo;
la sentencia postrera estaba escrita
en el primer amanecer del mundo.

LIV

Cuando Mushtara y Parwin se lanzaron
sobre los lomos del córcel alado,
la viña había echado sus raíces
en el terreno a mí predestinado.

LV

Y si mi alma se embriaga con la viña,
maldiga el Sufi y vuelva a maldecir,
de mi metal común haré una llave
para la puerta que él no pudo abrir.

LVI

Me inspire amor o en odio me consuma,
sé que de la divina claridad
vale más un reflejo en la taberna
que en el templo perfecta obscuridad.

LVII

Oh, tú que la jornada de la vida
de celadas y trampas has sembrado
¿preparaste primero mi caída
para acusarme luego de pecado?

LVIII

Oh, tú que hiciste al hombre de la nada
y pusiste a la sierpe en el Edén,
por el pecado que ennegrece al hombre
dale el perdón, y pídelo también.

KUZA NAMA

LIX

Una noche, al final de Ramazán
—no brillaba la luna todavía—
con un mundo de arcilla y de misterio
me encontré en una vieja alfarería.

LX

¿Cuál es el alfarero y cuál el vaso?
una forma de súbito gritó,
porque en ese universo de figuras
algunas se expresaban y otras no.

LXI

Y otra dijo: seguro que no en vano
sacaron de la tierra mi substancia
para que el mismo que me dió la forma
me rompiera otra vez con petulancia.

LXII

Y otra exclamó: jamás romperá el vaso
de leche y miel, el niño petulante,
y el orfebre del ánfora divina
¿podrá romperla, airado, en un instante?

LXIII

Nadie le contestó. Después de un rato
desde su triste forma habló otro vaso:
todos se burlan de mi absurda hechura,
¿tembló la mano del artista, acaso?

LXIV

Y uno exclamó: con fealdad de infierno
pintan otros a un viejo cantinero
que nos somete a pruebas. Psh, yo creo
que él es un bondadoso compañero.

LXV

«Con tanto olvido se secó mi arcilla»
dijo otro, en un suspiro de tormento,
pero, llenadme con el viejo jugo,
me sentiré mejor en un momento.

LXVI

Mientras unos hablaban otro expiaba
la anhelada subida del Creciente;
luego dijeron todos: ya se acerca
el bodeguero con el Vino ardiente.

LXVII

Con Vino alimentad mi última hora,
con él lavadme al fin de mi festín,
de hojas de parra hacedme mi sudario
y enterradme a la orilla de un jardín.

LXVIII

Para que de mis huesos se desprenda
ese perfume que la jarra escancia,
y que todo creyente que allí pase
sea preso en la red de esa fragancia.

LXIX

Me han desacreditado ante los hombres
los idolillos que yo quise tanto,
ahogando mi honor en baja cepa,
vendiendo mi renombre por un canto.

LXX

Ebrio de Vino muchas veces hice
seria promesa de arrepentimiento,
pero la primavera con sus rosas
rompieron mi promesa contra el viento.

LXXI

Y a pesar de que el Vino arteramente
el honor y la hacienda me ha robado,
el viñatero en todo el universo
no encontrará un tesoro máspreciado.

LXXII

Se irá la primavera con sus rosas,
se irá la juventud como la flor,
y no veremos más entre las ramas
ebrio de luna y canto al ruiseñor.

LXXIII

¡Oh, Amor, si dominásemos el mundo
en su forma aparente y en su esencia!
Lo haríamos pedazos... para hacerlo
más de acuerdo con nuestra preferencia.

LXXIV

Oh, luna del placer, que no declinas,
luna que brillas en el cielo ufano,
al alzarte mañana en este sitio,
llena de amor, me buscarás en vano.

LXXV

Y cuando estés, Copero, entre los huéspedes,
sobre la yerba, ¡Oh, cielo constelado!
y llegues al lugar donde yo estuve,
vierte un vaso vacío, Saki amado.